

Un camino lleno de esperanzas

Carmen Izquierdo Álvarez

© Lanica Klein

Alaia nació el 10 de junio de 1996. El embarazo había sido normal, sin complicaciones. El parto fue rápido, y allí estaba ella: gordita, llorona, comiéndose los puños de pura hambre. Ya a las pocas horas de nacer notamos que su piel presentaba un ligero eritema, unos granitos muy pequeños, pero no le dimos importancia. Muchos bebés tienen esos granitos al nacer y luego desaparecen...

Pero 15 días después de su nacimiento, vimos que la niña tenía además una costra amarillenta en la cabeza, y aunque habíamos oído hablar de la costra láctea y pensamos que desaparecería aplicándole aceite de almendras en el cuero cabelludo que masajéabamos suavemente, no sólo no desapareció sino que iba en aumento y, además, en la linda carita y frente de nuestra hija y pliegues de brazos y piernas, había manchas rojas.

Alaia tenía dermatitis atópica y era recién nacida, por lo que no era recomendable recetarle corticoides. Pero no era la única; de hecho, la doctora nos informó de que cada vez había más niños con dermatitis o piel atópica. «¿Y qué hacemos? La niña no para de llorar. Le pica la cabeza y le escuece la piel –dijimos a la doctora–. Denos una solución porque está sufriendo mucho.»

Ésta fue aplicarle un ungüento en la cabeza un par de días, después seguir unos días más con los masajes de aceite de almendras hasta que no hubiera costra, e hidratarla después del baño con crema de avena.

Era difícil no angustiarse con sus llantos. Seguíamos algunos consejos a rajatabla: utilizar jabón de coco para lavar sus prendas, además de vestirla sólo con ropa de algodón o lino, es decir, fibras na-

turales. Ponerle crema hidratante para pieles atópicas con la piel húmeda para que penetrara mejor. No searla frotándola con la toalla, sino con suaves toquecitos y evitar el estrés en casa. Pero a pesar de tantos cuidados, Alaia no mejoraba. El llanto inconsolable de un niño crispa los nervios de la persona más templada y puede llegar incluso a alterar la vida familiar y la relación de pareja.

Además del pediatra o el médico de cabecera, una inestimable fuente de información es ADEA, la Asociación de Pacientes y Familiares de Dermatitis Atópica, que editan boletines informativos y se reúnen varias veces al año.

**C/ Antonio López 249, 1º,
edificio Vértice,
28041 Madrid
Tel. 680 23 27 25,
martes-jueves, 16-19 h.**

**Su página web
(www.adeaweb.org)
es muy útil para consultar
las dudas más habituales
sobre la dermatitis.**

Con la llegada del invierno, la dermatitis empeoró. Su piel presentaba un aspecto rojizo intenso con exudaciones, y en los pliegues de brazos y piernas había heridas abiertas. Aquello sí que era un peligro por el riesgo de infecciones. La dermatitis empeoraba por semanas.

Un catedrático de dermatología nos recomendó aplicar fomentos de permanganato potásico sobre la piel de Alaia; también le recetó sulfato de zinc. Recuerdo que en aquella época temíamos despertarnos por las mañanas. «¿Qué aspecto tendrá hoy Alaia?», nos preguntábamos. En general, el pijama estaba manchado por las exudaciones o secreciones de la piel, sobre todo alrededor del cuello, y el cuero cabelludo tenía mal olor, pues por las noches la niña se rascaba la cabeza aunque le pusieramos guantes. No obstante, el permanganato ayudaba a



refrescar e hidratar su piel. Todas las mañanas empapábamos gasas grandes en la solución y las enrollábamos alrededor de su cuerpo. También nos indicó un corticoide muy suave (la niña ya tenía casi un año), pero sólo se lo podíamos aplicar una vez al día y en muy poca cantidad. Poco a poco, estábamos consiguiendo que Alaia mejorara.

Nos preocupaba el gasto en productos de dermatología y nos preguntábamos por qué en casos de enfermedades dermatológicas las cremas hidratantes, jabones especiales, la avena y muchas fórmulas magistrales no entraban por la Seguridad Social. Aquel tratamiento era una ruina para cualquier familia.

Un antes y un después

El verano de 1997 Alaia contrajo la varicela. Aunque la llevamos enseñada a su pediatra, es posible que durante los días de incubación de la enfermedad le aplicáramos el corticoide. Entonces no sabíamos que si se aplica un corticoide sobre una piel con varicela (aunque no se vea ninguna ampolla), los granos se multiplican. Debido al virus de la varicela y a las heridas abiertas de los pliegues en brazos y piernas, Alaia contrajo una septicemia. Hubo que ingresarla.

Los antibióticos pronto hicieron efecto y la infección fue remitiendo, bajó la fiebre y las pupas de varicela fueron secándose y cayendo. La piel de Alaia tenía mejor aspecto.

Tras darle el alta, la doctora del hospital le recetó un nuevo ungüento para la costra del cuero cabelludo y otro corticoide para la dermatitis. Ahora Alaia sólo exudaba en el cuello, donde continuábamos aplicándole permanganato potásico.

Tras un año de lucha, nuestra hija había superado la peor etapa de la enfermedad.

La ansiedad ante lo desconocido

Afortunadamente, en 10 años se ha investigado mucho sobre la dermatitis; ahora hay cremas más efec-



©Melissa King

tivas y con menos efectos secundarios (manchas blancas en la piel, por ejemplo) que dan mejores resultados. También ahora se recomienda vacunar contra la varicela a niños considerados de riesgo, como sería el caso de Alaia.

La energía de una familia, no sólo de los padres, se concentra en aliviar el dolor o picor de la criatura con dermatitis atópica y proporcionarle bienestar. Si la piel está roja algún día mejorará: hoy Alaia, con 9 años, sólo tiene algún brote fuerte de vez en cuando, que desaparece en un día con el corticoide. Toda su vida tendrá que hidratarse con emolientes y aplicarse corticoides o las nuevas cremas cuando tenga brotes fuertes. De hecho, ella misma se hidrata la piel después del baño, y una vez a la semana me recuerda que hay que llenarle la bañera para que se sumerja en un baño de avena. Su piel es cada vez más suave, y los brotes de dermatitis, cada vez menos frecuentes.

Sin duda, la piel es la parte más sensible del alma, aunque Alaia ha demostrado que ningún problema va a impedirle ser alegre, despierta, vital, y quién sabe si en el futuro una gran pianista. ■